

La Vida literaria



SUPLEMENTO DE LA REVISTA "ESPAÑA Y AMÉRICA"

AÑO I

CADIZ, ABRIL DE 1927

NÚM. 4

GLOSARIO MENSUAL

CONCHA ESPINA

El gesto de Concha Espina, la gloriosa novelista, renunciando a las tres mil pesetas que le otorgó el jurado del Concurso Nacional de Literatura, ha sido tan admirable como su obra genial *Altar Mayor*, objeto de la recompensa.

Haremos historia del asunto.

Don Ricardo Baeza publicó en *El Sol* un insidioso artículo titulado «El Premio del Concurso Nacional», en el que trataba de justificar que el premio de las diez mil pesetas destinadas a este concurso, no podía subdividirse y que debía ser otorgado al señor Pérez de Ayala, no solo por creer que su obra era la verdaderamente merecedora del galardón, sino porque había que premiar también «la obra en conjunto del autor y la significación de éste en nuestro actual movimiento literario».

Todas las comparaciones son odiosas, pero justo es confesar que si la obra total del Sr. Pérez de Ayala tiene grandes méritos, por diversos conceptos, no le vá en zaga la de la ilustre señora Espina, ya que cualquiera de las novelas de esta esclarecida autora puede parangonarse con la mejor de nuestros contemporáneos, aunque algunas de ellas, a nuestro juicio, superan a las mejores.

Concha Espina quiso contestar en *El Sol* las insidias inoportunas de don Ricardo Baeza, pero el popular diario del señor Urgoiti, le negó la hospitalidad a que era acreedora, faltando abiertamente a la Ley de Imprenta. Entonces la señora Espina acudió a *La Nación*, que en su número del 28 de Marzo, insertó la siguiente carta, tan valiente como razonada:

«Madrid 25 de Marzo de 1927.

Sr. D. Ricardo Baeza.

Distinguido escritor: No tengo la miserable costumbre de ver mi nombre, tan se-

a usted y a los suyos tan inquietos y desahorados, y hasta les hace caer en el ridículo propósito de levantar una cruzada arrabalera para ejercer su presión aco-

modaticia sobre quien debe sancionar un acuerdo que yo, por mi parte, solo conozco al través de los chismes periodísticos. Es la primera vez, por fortuna, que esto sucede en España, y todavía se lamenta usted de que no se vocifere más un asunto que lleva meses de públicos y gratuitos comentarios.

Esas y otras demasías concernientes a este «negocio» no son dignas de poetas ni de hombres, y, ni por soñación, de caballeros. Aun se ha dicho que me van a premiar por galantería. ¡Buenos están los tiempos para tales delicadezas!...

Yo no soy, por lo visto, de los que la verbosidad de usted, tan elocuente, denomina *uno de los nuestros*; no tengo valedores ni vivo del *toma y daca del hoy por ti...*, etc.; pero si usted me lo permite, formo parte de esa «desvalida minoría» a que usted se refiere con acentos condolidos en sus arbitrarias censuras al futuro resultado del Premio Nacional. Y no me podrá nadie discutir el desvalimiento que usted mismo pregona, porque todo el mundo sabe que tengo la única

renta de mi trabajo: este es mi orgullo, nada sonriente.

Usted se impacienta, sin duda, por decirme que nada tienen que ver mi situación económica ni mi condición femenina con la calidad de mis libros, ¿no es así?

Pues bien: no, señor; porque aquí no se trata de Arte, sino de pesetas. Y en esta crisis aguda de la virilidad literaria,



ñero y retraído, mal llevado en los papeles por la ruin cuestión de unas monedas que desprecio, aunque me hacen mucha falta: aludo a las del Premio Nacional de Literatura.

Ni me permitiré el atrevimiento, la suprema incorrección de analizar aquí el fallo que antes de hacerse público, antes de ser enteramente conocido, les trae

cuando se solicitan pensiones de socorro para los dramaturgos más afortunados, cuando se piensa en regalar casas, por suscripción pública, a los autores más gananciosos, yo mujer de la clase «desvalida», renuncio a las pesetas, que según los temores de usted, se conceden en el famoso Premio Nacional.

Más no sin decir antes, distinguido eslavista, que no reconozco sobre mí jerarquías literarias impuestas con la fácil holgura con que usted lo hace, y mi actitud es muy legítima, por *injusta* y *deprimente* que le parezca a usted para su indiscutible candidato.

No se trata, repito, de Literatura. Sería una farsa intolerable el pretender ahora una repentina estimación de honores, para los que siempre hubo, por parte de usted y los suyos, una mueca de ironía y desdén. Se trata de monedas, de la *pecunia*, como usted, idílicamente, escribe.

Con mi renuncia, que aprovecho esta ocasión para hacer pública, pretendo que se evite el mayor escándalo de este suceso vergonzoso, al que por ninguna razón me volveré a referir. Y en la rebatiña impúdica de los dineros, que no en otras lides más altas, quede usted y los suyos vencedores.

Enhorabuena.—Concha Espina.»

El último párrafo de la carta tiene la suficiente elocuencia y no necesita comentarios.

La egregia escritora ha procedido digna y gallardamente; como conviene a su alto renombre y a su sólido prestigio, tan grande como el que más.

* *

Concha Espina—de todos modos, pese a las intrigas y a las envidias, tan corrientes en el mundo literario—es, en la hora de ahora, uno de los mas preciados valores entre los novelistas contemporáneos, de lengua española; y es porque, como dice acertadamente un crítico, al juzgarla «la obra de Concha Espina nace con la integridad orgánica de la criatura humana, y posee su validez y eutimía: su arte pertenece al gran arte de todos los tiempos, el arte sereno y bello, de una grandeza natural que casi no se advierte; grandeza, no de pirámide, sino de montaña. Recoge la alegría y la tristeza de la vida, sin exagerarlas, por el afán de hacer lo que modernamente se llama una obra intensa; es clásica con un clasicismo que ella crea; y que no está tomado de los libros; tiene a su alcance, cual doméstica fontana, el venero del idioma, a otros negado; su prosa nace con una cadencia natural, desigual y varia, cuyo compás no cabe cifrar en una fórmula, resultando, en suma, su obra, por caso admirable, tan selecta como popular, al modo de las grandes obras literarias, escultóricas y arquitectónicas de todos los tiempos, en que el arte no desmiente a la vida.»

La obra de Concha Espina ha sido juzgada por los mas reputados críticos españoles y extranjeros. Elio Levi en su libro *Figure della Letteratura spagnola contemporanea* la compara con Santa Teresa, «pues tiene, como ella, con todos los méritos literarios, el de no ser propiamente lo que se llama una mujer de letras, sino una mujer sencilla, pasmo, no obstante, de sabios y doctores, que de ella aprenden una ciencia no encontrada en sus libros».

Hasta ahora tiene publicadas las siguientes novelas: «*La Niña de Luzmela*» (1909) de la que se han hecho tres ediciones; «*Despertar para morir*» (1910), cuatro ediciones; «*Agua de nieve*» (1912), tres ediciones; «*La Esfinge maragata*», premiada por la Real Academia Española con el premio «Fastenrath» (1914), tres ediciones; «*La rosa de los vientos*» (1916) tres ediciones; «*Al amor de las Estrellas*» (mujeres del Quijote) (1916); *Ruecas de marfil* (1917), tres ediciones; «*El metal de los muertos*» (1920) dos ediciones; «*Dulce nombre*» (1921); «*El Cáliz Rojo*» (1924); «*Tierras de Aquilón*» (Premio de Castillo Chirel, de la Real Academia Española) 1924; «*Altar mayor*» (1926).

Tiene, además, publicados los siguientes libros: «*Mis Flores*» (poesías (1905) que fué su primera obra, escrita en la niñez; «*El Jayón*» (drama en tres actos) Premiado por la Real Academia Española (1919); «*Simientes*» (páginas iniciales), 1922; «*Cuentos*», 1922; «*Pastorelas*» (poemas, en prosa) 1924, dos ediciones.

Tiene traducidas al inglés: «*La Esfinge Maragata*», «*Dulce nombre*», «*La rosa de los vientos*», «*El jayón*», «*El metal de los muertos*» y «*El Cáliz Rojo*».

Al alemán: «*El metal de los muertos*», «*El jayón*», «*Dulce nombre*» y «*La esfinge maragata*».

Al italiano: «*El jayón*», «*Al amor de las estrellas*» y «*Pastorelas*».

Al rumano: «*El jayón*», «*El metal de los muertos*» y «*La esfinge maragata*».

Al francés: «*La esfinge maragata*».

Al checo: «*El jayón*» y «*El metal de los muertos*».

¿Cuántos novelistas contemporáneos, pueden presentar una obra semejante y tan difundida? Lo expuesto basta, por si solo, para pregonar el triunfo de Concha Espina, pese, repetimos, a las insidias, intrigas e injusticias.—ZAHORÍ.

CUENTOS DE «LA VIDA LITERARIA»

P A Z

—Mamá—dije mientras vestía yo a mi muñeca—, Paz, nuestra vecina, no tiene cara de viuda.

—¿Por qué lo dices?—preguntó mi madre.

—Porque las viudas son viejas—, le respondí con toda la sencillez de mis siete años—, y Paz se parece a la Virgen que tienes arriba de tu mesa; es muy bonita...

Mi madre sonrió dulcemente y salió del comedor. Yo, entonces, poniendo la muñeca a mi lado, me extendí en el canapé y me quedé pensando en Paz. ¡Qué bonita era! Sólo porque tenía los ojos tan tristes, no se parecía a la Hada azul que figuraba en el cuento del «Pájaro encantado». Esa hada llevaba eternamente la sonrisa en la boca, y Paz no: siempre estaba callada y seria, y a veces, hasta parecía que iba a llorar. Pero tenía la misma cabellera dorada del hada, y la misma luz en la frente...

Un ruido estrepitoso tiró al suelo el castillo de mis pensamientos. Puse a un lado la muñeca, salté del canapé y corrí hacia el jardín para ver qué ocurría. Mi hermano Luis y sus amigos, con kepís de papel y sables de hoja de lata, acababan de entrar de la calle en persecución del

gato de la tía Rita, un gato negro que era mi favorito y al que yo guardaba diariamente la parte mejor de mis golosinas.

Como un valiente general que se pone al frente de las balas, abrí los brazos y detuve con un grito a toda esa multitud ebria de combate. Entre tanto, el gato ganaba terreno y entraba a ocultarse debajo del canapé.

—¡Nadie lo toque! ¡Nadie lo toque!—grité—. Es mi favorito, y lo defenderé con la vida...

Aquella multitud leyó seguramente en mis ojos la verdad y resolución de mis palabras, porque se alejó medrosa, aunque sonriendo con cierta sorna, (quizá para ocultar su derrota humillante).

Yo, entonces, corrí hacia el canapé, y dirigiendo al gato mis más dulces palabras para prestarle confianza y ánimo, me incliné, metí las manos entre los flecos de la pasamanería, palpé en el fondo oscuro, y saqué arrastrando aquel fardo de seda negra que era el gato de la tía Rita.

—Ven acá, Brujito mío—le dije cuando ya estuvo a la vista, asustado y tembloroso—. Ven a comer tus pasteles y tu pan con mantequilla; hoy vas a regalarte como un rey, sí, señor; como un rey, mientras esos malvados van a matar a

otros bichos menos lindo que tú... Ven acá, ven acá...

Lo llevé a un rincón de la cocina; le di pan, leche y pasteles, y ya que había saboreado despacio todo aquello, lo levanté en mis brazos, y me fui con mi pesado tesoro a la casa de Paz, nuestra vecina.

Allí estaba ella, como siempre, delante de su mesa de costura hilvanando, cortando, cosiendo y descosiendo...

—¿Nunca te cansas, Paz?—le pregunté mientras me sentaba en la orilla del tapete y depositaba sobre el suelo mi querida carga.

—A veces no, a veces sí—, me respondió, pensativa.

—Yo quisiera, cuando fuese persona mayor, ser tan seria como tú—le dije—. Querría vivir en una casa así; tener una mesita como la tuya, y estar cose y cose, como tú...

Paz levantó de la tela sus tristes ojos, y abarcándome en una larga mirada, me dijo:

—No, hijita mía... no lo deseas...

Después, ensartó la aguja en una hebra de hilo rojo, marcó fuertemente con el lápiz una línea sobre la tela blanca, y empezó a dar puntadas, siguiendo aquella línea.

El gato, con sus grandes ojos color de uva, miraba atentamente subir y bajar la mano de Paz.

—Mira qué gato tan juicioso—dije a la vecina—. Parece que quiere aprender a coser.

—¡Florita!—me gritó mi madre desde la puerta de casa—. Ven pronto, que aquí está tu tía Isaura, y quiere verte.

—Vamos, Brujito—dije, levantándome del suelo y cargando al gato—ya volveremos después a conversar con Paz. Dile adiós a la señora...

Y moviendo la manecita suave del gato en señal de despedida, salí a la puerta, crucé la calle y entré en nuestra casa.

Mi madre y la tía Isaura desenvolvían paquetes; eran pañecillos y dulces que la tía nos traía.

—Este es para Florita; tiene muñequillos de coco y almendra; y éste—decía mi tía, endulzando la voz—, es para la pobrecita de Paz...

¡La pobrecita de Paz!... ¿Por qué la llamarían *pobrecita*, siendo tan bonita como era?... Quizás por ser ya viuda...

Abracé a la tía Isaura, recibí alborozada el paquete de muñequitos de coco, y con él y con Brujito, fui a sentarme junto a la ventana.

Por la calle bajaban grandes carretas arrastradas por bueyes, y a su paso, las gallinas se dispersaban corriendo hacia las aceras.

—Siéntate aquí, Brujito, y vamos a ver lo que nos ha traído la tía Isaura.

Coloqué al gato en una silla, me instalé en otra, y abrí el paquete. Aquello era una maravilla; los muñequitos parecían gentes

de verdad. ¡Y qué caras!... Algunos sonreían maliciosamente, apretando la boca; otros, reían a carcajadas, mostrando sus dos filas de blanquísimos dientes. Las cejas desempeñaban papel muy importante en los rostros de los muñecos; unas eran en arco, lo cual les daba un aspecto de admiración tal, que provocaban el asombro; otras eran rectas y estaban muy cerca de los ojos, obligando al muñeco a guardar una actitud graciosísima de enfado y desconfianza. Los había bizcos, pero ni estos eran feos, porque bien se veía que extraviaban la mirada para hacer reír, cumpliendo así con su misión de payasos... Yo estaba encantada. Extendí en el suelo el papel azul con que venían envueltos, y sobre él comencé a formarlos. Bamboleaban al principio y no querían ponerse en pié; pero con paciencia y voluntad se logra todo, y yo estaba decidida a formarlos en orden de batalla.

—Verás, Brujito, verás...—decía yo en íntima charla con el gato haciendo esfuerzos por ordenar aquel escuadrón de rebeldes, y mordisqueando al mismo tiempo la cabeza o los pies de alguno de ellos.

La tía Isaura y mi madre habían ido a sentarse hacia el fondo de la sala, y en el centro del estrado conversaban íntimamente sin cuidarse de mi persona. Yo, interesada en formar los muñecos, no me cuidaba tampoco de ellas; pero de pronto, una exclamación dolorosa de mi madre me obligó a darme cuenta de sus palabras.

—¡Qué infamia!—había dicho—. ¡No le parece bastante el tenerla abandonada en este pueblo, sin mandarle jamás un centimo, y ahora se presenta allá con la mujerzuela, haciéndola pasar como su esposa!... ¡Qué vileza!... ¡Y esta pobre, aquí, llevando vida de monja y dejando el pulmón en la aguja!... ¡Qué infamia!...

Mi madre, habitualmente tan dulce, se exaltaba, poniendo en su voz vibraciones que yo nunca le había oído. ¿De quién hablarían? ¿Qué significaría todo aquello?...

No tuve tiempo de inquirirlo, porque en aquel mismo instante una gran mariposa amarilla entró por la ventana, y el gato, ávido, con los ojos llameantes, saltó sobre ella y cayó sobre mis muñecos.

Un grito mío y un golpe de lágrimas, puso en confusión la sala entera. Mi madre y la tía Isaura corrieron a prestarme auxilio. Aquello era un ciclón, un diluvio... Nada podía calmarme.

—¡Mis muñecos, mis muñecos!—gritaba yo en el colmo de la desesperación, tapándome la cara con una mano y señalando con la otra aquel campo de batalla donde no había sino muertos.

—Mañana te traeré otros más bonitos y más sabrosos—decía la tía, besándome tiernamente—. Ya verás, ya verás: con sus trajes colorados y sus bonetes verdes... Todos de turrón y almendra, riquísimos, así de grandes...

—¡Yo quiero éstos!—respondía moviendo enérgicamente la cabeza—. ¡Yo quiero éstos!...

Y mis lágrimas rodaban en perlas enormes, y los sollozos me quitaban la respiración...

Repentinamente se oyó una voz que gritaba: «¡Fuego! ¡Fuego!...»

Mi madre y mi tía, aterradas, corrieron hacia la cocina; y yo, calmada como por encanto, me enjugué los ojos con mi vestidillo azul y me fui tras de ellas, despacio, sin perder del todo mi dignidad. Al llegar a la cocina, vimos que mi hermano Luis y sus amigos, armados de palos untados con brea y encendidos por la punta, jugaban al incendio. La vista de la cocina era maravillosa; en el fondo oscuro, las flamas que despedían los palos parecían farolillos rojos en agitación fantástica. Yo, absorta, fascinada por aquella visión deslumbradora, olvidé mi pena y hasta mi dignidad, y me puse a dar saltos y palmadas, uniendo mi alegría a la de mi hermano y sus amigos.

—¡Fuera de aquí!—gritaba mi madre, indignada—. ¡Al patio! ¡Al patio!...

La turba de chiquillos salió en confusión, y yo me uní a ella gloriosamente, orgullosa de formar entre aquel pelotón de valientes que se atrevían hasta con el fuego. Pero mi madre, que juzgaba absurdo el divertimento, había salido tras de nosotros, y ayudada por la tía Isaura y por la cocinera, despojaba de sus hachones a los muchachos, dejándolos bien pronto con las manos vacías y con los hombros encogidos por el disgusto.

Yo, al verlos humillados y tristes, me acordé de mis muñecos rotos, pero... francamente, ya no tenía deseos de llorar, así, me cuidé de volver a la sala (donde mi dignidad me hubiera obligado a derramar nuevas lágrimas sobre los muñecos), y abandonando la compañía de los muchachos, quienes ya sin sus hachones no tenían prestigio ante mis ojos, me salí a la calle buscando más amenas perspectivas.

Caía la tarde. En los árboles comenzaban a recogerse los pájaros; las gallinas debían de estar ya trepando a sus perchas en los gallineros. Pronto sería noche cerrada.

Oí que mi madre me llamaba desde la puerta, y corrí hacia allá.

—Mira me dijo—. Llévale este paquete de dulces a Paz, y dile que se los manda tu tía Isaura. He guardado aquí los tuyos...

Recibí el paquete y me apresuré a desempeñar mi comisión.

Como no hallara a Paz en el cuarto de la costura, fui a buscarla a la cocina, pero tampoco allí la encontré; y ya iba a salir al huerto, cuando la oí que hablaba con alguien en la sala. ¿Quién podía ser? Paz nunca recibía visitas en aquella habitación; siempre las llevaba al cuarto de

la costura para conversar allí mientras cosía. ¿Por qué habían ido entonces a la sala? Entré precipitadamente, y quedé sorprendida.

En uno de los sillones estaba sentado un hombre; tenía éste la cabeza entre las manos, como si estuviera sollozando, y en el asiento frontero, Paz le dirigía la palabra suavemente, con voz calmada.

Al entrar yo, el hombre cambió de actitud; se irguió, levantó la cabeza, y se llevó una de las manos al bolsillo de la americana. Entonces pude ver bien su rostro. Tenía los ojos negros, muy grandes, y unas pestañas tan espesas, que parecían alas de mariposas. La palidez de sus mejillas me llamó la atención. ¿Qué tendría, que estaba tan pálido?... Como para inquirirlo, me volví hacia Paz, y entonces ví que el rostro de ella estaba más pálido aún que el del visitante.

Le entregué el regalo, y después de explicarle que mi tía se lo enviaba, me despedí para retirarme, pero entonces Paz me dijo:

—No te vayas, Florita. Siéntate aquí a mi lado; cuéntame algo del Brujito...

Más aquella visita me cohibía, y nada quise contar.

Un silencio solemne reinó en la sala. El hombre bajó la cabeza, y Paz comenzó a acariciar mis manos. Después de aquel prolongado silencio, el hombre levantó los ojos y vió largamente a Paz; pero ésta no alzó los suyos. Entonces él habló y dijo así, con voz temblorosa y apagada:

—Es que yo le he visto... llevando del brazo a esa mujer, a quien presenta como esposa...

—Lo sé, lo sé...—dijo Paz con un hilo de voz.

Aquello me pareció tan misterioso y extraño, que juzgué fuera de caso mi presencia en ese sitio. Me levanté resueltamente, deseosa de irme a jugar; pero Paz me cogió fuertemente una mano y me dijo:

—No, Florita, quiero darte un encargo. Espera un poco.

El silencio volvió a reinar. Se hacía de noche. La sala comenzaba a anegarse en sombras. El tic tac del reloj que estaba sobre la mesa, se oía distintamente; parecía un animalillo que andaba...

—Quien engaña, merece ser engañado—murmuró el hombre, sordamente.

Paz no respondió, pero sentí que su mano, fría como granizo, temblaba entre las mías.

—¿Debo, pues, marcharme como siempre?—dijo aquel hombre después de una pausa y en un tono angustioso.

—Sí... como siempre...—respondió Paz casi en secreto.

En ese momento oí que mi hermano me llamaba desde casa.

—Me voy, me voy—dijo dando un salto y corriendo hacia la puerta—. Luis me llama...

—No—dijo Paz resueltamente, deteniéndome al vuelo y cogiéndome por la mano—. Te irás después.

El hombre me dirigió una mirada severa, que me hizo recordar el ceño de mi padre cuando nos reprendía por alguna grave falta; y tras un largo silencio, lanzó un suspiro, se apoyó en los brazos del sillón, se irguió violentamente, y se puso en pié.

Paz se levantó también y, teniéndome consigo, le alargó el sombrero que estaba sobre una silla. El lo tomó sin alzar los ojos, le dió algunas vueltas entre las manos, y quedó en pié, inmóvil, con la cabeza baja.

—Es ya muy tarde—le dijo Paz; débilmente.

—Sí, sí—repitió aquel hombre distraído, como en sueños—; es ya muy tarde... Adiós, Paz—añadió, tendiendo hacia ella la mano y mirándola ansiosamente.

—Adios... Antonio—dijo Paz con una voz muy extraña, dando la mano al desconocido—. Adiós...

En seguida, se dirigieron los dos hacia el fin de la sala; el hombre volvió a ver a Paz de un modo que hacía daño, llegó al dintel, salvó el escalón con paso vacilante, y salió. Entonces, Paz cerró la puerta detrás de él.

En ese instante descubrí al gato de la tía Rita, que cruzaba cautelosamente por el corredor. Me lancé tras él para cogerlo, y cuando volvía con mi suave carga, ví a Paz, en pié junto a la puerta cerra-

da, con los brazos tendidos hacia la calle y el rostro bañado en lágrimas...

—¡Vecinita, vecinita! ¿Que te pasa?—le grité, deteniéndome llena de asombro.

Y como en vez de responderme, se dejó caer de bruces sobre una silla:

—¡Ven, Brujito!—dijo al gato—. ¡Ven tú a contentar a la señora!...

Y con el Brujito en hombros, me llegué adonde estaba Paz, le quité las manos de la cara, le puse al gato en los brazos, y luego, suavemente para no molestarla, me recliné sobre ella.

Entonces Paz, abrazada al Brujito y a mí, lloró por largo tiempo en aquella silla, hasta que fueron a buscarme de casa para la cena.

En la mesa, mi madre habló del regalo que tía Isaura había enviado a Paz.

—¡Pobre mujer!—dijo mi padre.

Yo me caía de cansancio. Tuvieron que llevarme cargada a la cama. Pronto estuve dormida, y entré sueños volví a ver a Paz tal como la había visto esa noche, en pié junto a la puerta, con los brazos tendidos hacia la calle y el rostro en escorzo; y soñé también que le decía:

—Yo quisiera alguna vez ser tan bonita como tú y estar así, con los brazos extendidos y las mangas flotantes...

Pero ella abría los labios y me contestaba con su dulce voz:

—No, no, hijita mía... No lo deseas...

MARÍA ENRIQUETA

Madrid.

TEMAS DE ACTUALIDAD

¿Se halla en decadencia el Teatro Español?

Nuestra escena dramática, ha tenido varias épocas tenebrosas. Cualquiera que haya hojeado una historia literaria recordará que después de Calderón, Lope, Tirso y Solís, el teatro vivió uno de sus períodos mas lánguidos, hasta que se inició la regeneración con Quintana y el Duque de Rivas, Gil y Zárate y Bretón de los Herreros, Zorrilla y Ventura de la Vega. Desde 1810 hasta 1820, dice Sepúlveda en su «Corral de la Pacheca» el teatro arrastró una vida sin emociones ni entusiasmo pues casi todas las obras representadas eran de origen francés.

Algo de esto sucede en nuestros días con ese modernismo de las adaptaciones. Atención preferente despierta este problema del teatro. Surge Azorín calificando a la crítica de negligente y parcial, algunos periódicos abren encuestas a las que prestan su opinión actores y empresarios, y el pleito llega a interesar debido sin duda a ese afán del público, en adivinar «secretos de pueblo», que a veces suelen brotar en toda controversia.

Clarín afirma, que el público de teatro es el más fácil de estudiar, el que más se asemeja a la colectividad política. Y es verdad. Para mí, el más impresionable a

expensa del cual vive una crítica débil y mal intencionada. Hay que decirlo aun a trueque de herir espíritus susceptibles. No porque Azorín haya dado la voz de alarma, hemos de fijarnos ahora en algo que hace mucho tiempo estaba en el ánimo de todos. ¿Qué labor crítica se hace en nuestros días?

¿Qué estímulos tienen esos escritores al comenzar su carrera literaria? No citemos los nombres de Revilla, Clarín y Menéndez Pelayo. No pretendamos acomodar a una época distinta en gustos estéticos y en producción intelectual, lo que en otro tiempo probó bien, debido sin duda a una penetración entre el que estudiaba y el que anhelaba aprovecharse de esas enseñanzas. Ya nos serviría de íntima satisfacción, el tener un público bien dispuesto, sin ese afán de fiscalización que todo el mundo tiene con cuatro frases rutinarias aprendidas en el más barato manual de estética, y a unos críticos que sin remontarse a las cumbres de lo incomprensible, pudiesen acometer la empresa que tanta falta está haciendo entre nosotros. Porque lo que se ha dado en llamar crisis teatral, tiene su origen en la falta absoluta de sensi-

bilidad ¿Creen, ustedes que hoy se acogerían con entusiasmo los chambergos históricos de Italia y Flandes, los tres picos de Goya, los calañeses y los paveros? Cuando no hace muchos días un anónimo cronista abogaba en «El Sol» por la organización de un teatro nacional, que volviese a llevar a la escena estas comedias, me pareció el artículo un ensueño ¿Será posible ese intento? Creo que no. En el Teatro Español en Madrid, la justicia de Pedro Crespo en *El Alcalde de Zalamea*, la obra de Calderón, cuyas estrofas puestas en boca de Calvo adquirirían todo el brío y toda la musicalidad con que soñara su autor, llevó al teatro una noche media docena escasa de per-

sonas, a muchas de las cuales yo las ví, aburridas, bostezar.

Hace falta una labor previa que no anule este rejuvenecimiento literario, que aspire a una transformación, pero que si estudie un medio de darle nueva vida de acuerdo con las corrientes de evolución y con los modernos gustos estéticos.

A pesar de haberseles tratados algunas veces poco piadosamente, cuando sus producciones se relegaron ante la invasión arrolladora de tantas imitaciones, los tres puntales sobre los que descansa lo poco que aun nos resta, se lo debemos a Jacinto Benavente, a don Manuel Linares-Rivas y a los hermanos Álvarez Quintero.

Intentemos ese proyecto que «El Sol» lanza desde la atalaya avanzada de sus columnas, pero no olvidemos que hace falta una crítica sana, y unos autores que huyendo de esas vulgaridades que hoy llenan los teatros, hagan un estudio más profundo de caracteres y busquen un mayor valor psicológico en los detalles. ¿Podría resolverse entonces esa crisis que yo me he atrevido a calificar «la crisis del pensamiento?»

Nuestro teatro decae, es cierto, apenas si inspira el interés del teatro de Ayala, de Tamayo y Baus, o de Echegaray. Nuestro teatro, es el teatro *jamón* de los niños *platinos* y de las niñas que ya fuman en pipa. Esperemos.— C. SANTOS-REDONDO.

GÓMEZ CARRILLO VISITA A JEREZ

Gómez Carrillo ha estado en Jerez. Hace tiempo tenía el deseo de conocer estas famosas bodegas, por las que se interesaba tanto. Sentía por nuestros vinos la profunda simpatía que le inspira todo lo selecto, todo lo sublime.

Para Gómez Carrillo los caldos jerezanos debían ocupar un lugar preeminente, en todas partes, entre los vinos más exquisitos. Lamentaba que no fuera así y, de vez en cuando, la prosa de sus bellos artículos nos aleccionaba con sus consejos...

Esta simpatía y este buen deseo se ha acrecentado desde su visita.

Al ponerse en contacto con nosotros ha podido apreciar mejor quizá nuestras torpezas, por falta de esa propaganda común que nos recomendaba, poniéndonos de relieve ejemplos que debemos imitar, pero también ha visto que estamos dispuestos a tomarle por guía, a secundarle en sus generosas, en sus desinteresadas iniciativas.

Porque este hombre es excepcional; no es negociante ni tampoco bebedor y habla de los vinos y de los negocios de los vinos con un conocimiento que maravilla. Y es que conoce lo que es fundamento de todos los conocimientos humanos; conoce la vida; lo que creen conocer todos los que llegan a peinar canas y, sin embargo, muy pocos conocen, a lo menos como Gómez Carrillo.

Nada pasa inadvertido, en su derredor. Todo lo observa, todo lo analiza. Su famosa frivolidad no es más que aparente, puramente de forma. Nos engaña esa sencillez, esa amenidad con que trata las más diversas y trascendentales cuestiones.

El mismo se califica de escritor frívolo, pero ¿lo creará así realmente? Yo creo que le agrada esa clasificación por horror a la pedantería, al tono excátedra,

raíz de los asuntos. A veces, se detenía a meditar, abstraído, aunque con aire de indiferencia.

Este hombre,—pensaba yo—se ha apoderado enseguida de lo que es el vino JEREZ, de su crianza, de las modalidades y visicitudes de su exportación, de las causas del período de crisis que atraviesa...

Y ¿para qué? Para nada que a él personalmente le convenga, dejándose llevar solo de su temperamento de observador fino, sutil y penetrante.

¿Y quién sabe si un día escribirá en esa forma frívola, *sin substancia*, alguno que otro artículo, que nos enseñe a los mismos cosecheros y exportadores jerezanos cosas que ignoramos y que no debemos ignorar!

Varias nos enseñó ya antes de venir y pasear y detenerse, con mirada escrutadora, entre estas filas de botas.

Claro es, que ha visitado las regiones vinícolas más importantes del mundo y puede relacionar y comparar, haciendo deducciones de valor inapreciable. Y no ignora, como ignoramos la mayoría de los mortales, los gustos, costumbres y prejuicios del mundo entero, en lo que a los vinos se refiere.

Todo eso lo ha aprendido al pasar, en sus correrías por uno y otro país, dando satisfacción a su espíritu inquieto, ávido siempre de nuevas emociones...

Viajero exquisito que recoge la esencia de cuanto encuentra a su paso para vestirla en una prosa ligera, ágil, alada, modelo de facilidad y elegancia.

FERNANDO CARRASCO.



El insigne Gómez Carrillo en una bodega de Jerez, acompañado de sus íntimos amigos D. Fernando Carrasco y D. Tomás Romero.

doctrinal, con que escriben otros que ahondan menos, muchísimo menos y que se tienen por escritores profundos.

En su visita a mis bodegas, Gómez Carrillo me hizo preguntas que suelen hacer muy pocos visitantes. Pocas, pero certeras; de persona inteligentísima, que va a la



UN NUEVO EXÉGETA DE CERVANTES

Cantera inagotable de sugerencias, la obra maestra de la Raza, *el Quijote*, cautiva y apasiona más cada día, principalmente a los que son verdaderos amantes de los puros e imperecederos valores de la estirpe, hacia los cuales acentúase esa indudable y creciente afición general por nosotros señalada en más de una ocasión. Así vemos cómo los altos intelectos consagrados a la crítica y la especulación se dan por la hermeneusis del acervo cervantino. El caudal de pensamiento y la vena creadora del Príncipe de los Ingenios son tan copiosos, tan inmensos y, por otra parte, tan siempre actuales, como encarnadores de la vida una y universal, que ofrecen inéditas perspectivas enjuiciadoras, merced a las cuales aquéllos pueden mostrarnos la riqueza cromática de la ideología simbolista del primero de nuestros escritores de todos los tiempos.

Hace pocos años que dos de los más esclarecidos pensadores contemporáneos: Unamuno y Ortega y Gasset, dieron a la estampa sendos libros de interpretación de la obra de Cervantes, libros titulados, respectivamente, *Vida de Don Quijote y Sancho y Meditaciones del Quijote*. Tras ellos, Ramiro de Maeztu, con su *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*, y Américo Castro con *El pensamiento de Cervantes*, obras ambas aparecidas en 1926, adujeron nuevas y valiosas consideraciones sobre tema tan vasto y trascendente. Ahora, cuando parecía estar ya cerrado el círculo de tales investigaciones, surge un nuevo y brillante exégeta de Cervantes, Salvador de Madariaga, joven e ilustre escritor que publica su *Guía del lector del Quijote*, obra no menos interesante que las citadas, por la agudeza de su visión, su buído sentido crítico y la lozanía espiritual y sana erudición de que está henchida.

Salvador de Madariaga es hombre que ha producido en pocos años una obra copiosa, hoy día cotizada a gran precio en el mercado de los nuevos y selectos valores literarios hispánicos. De este fecundo y proteico escritor y periodista, tan conocedor del moderno desarrollo ideológico europeo, en varios de cuyos ambientes ha vivido—lo que no obsta para que perdure en él su afición, delec-

tante a beber en la necesaria e insustituible Castalia de lo clásico—; de Madariaga, decimos, es esa media docena de obras admirables, cuyo mérito resulta sobrado para discernir a su autor plaza de maestro en el cultivo de los principales géneros literarios, tituladas *La guerra desde Londres y Ensayos anglosajones* (ensayos); *Romances de ciego* (versos); *La jirafa sagrada y Arceval y los ingleses* (novela utópica), y, finalmente, *Semblanzas literarias contemporáneas* (crítica). Hay que señalar como paralela a esta gran producción en el libro su otra constante y meritoria labor en la prensa, en dos de cuyos mejores diarios de hoy en lengua española, *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Sol*, de Madrid, publica asiduamente trabajos de enjundia y belleza.

Con esta *Guía del lector del Quijote*, Madariaga nos ofrece un magnífico conjunto de observaciones interpretativas acerca de Cervantes y su gran obra. Analista desapasionado y, a la vez humano, con aquella consciencia y lucidez de los maestros que, libres de prejuicios y sectarismos, proclamaron la necesidad de hacer de la Crítica, ante todo, una manifestación, una creación artística, proclama sin embajes el punto en que se sitúa para mejor cometido de su propósito. Prescinde—según sus propias palabras—«de esa estulta admiración al Genio con G mayúscula, que tantas veces sirve para escurar el vacío mental y la pereza crítica. Pero si bien el autor ha renunciado a ver en Cervantes un semidiós—generalmente de mármol—y se acerca a él y lo estudia como un ser humano, no por eso olvida, antes bien recuerda a cada momento, que este ser humano es excepcional, hijo privilegiado de su raza y de su tiempo, en ellos inserto y hecho de su estofa, pero alzándose sobre ellos con toda la altura de su maravilloso poder creador».

Dividida la obra en dos partes—de análisis de la actitud del propio autor, Cervantes, para con su creación y para con los libros de Caballerías, la primera, y la segunda de estudio de las diversas cuestiones psicológicas derivadas del desarrollo del gran libro—, vemos ya desde las páginas liminares que, para Madariaga, Cervantes tiene un doble y fundamental aspecto a considerar: como

crítico y como creador. Y que de la falta de conexión armónica o de ponderación y equilibrio de ambas nace la incompreensión del propio autor hacia su obra, que así resulta, a veces, superior a él. Esta es la razón de existir la que el exégeta de hoy llama «mortificación innecesaria a su héroe». En cuanto al odio de Cervantes a los libros de Caballerías, hay que considerarlo como emanado del espíritu clásico, encarnador de la sencillez, frente a la afectada complicación—el modernismo de ayer—de los innovadores entonces vivientes.

Extensa habría de ser la glosa que hiciéramos de los principales juicios sobre los puntos salientes de la obra cervantina, que nos ofrece Madariaga en su nuevo libro; juicios, todos ellos, audaces, pero razonados; originales, pero serenos y clarividentes. Así vemos cómo interpreta el simbolismo del gran artífice de nuestra ideología y nuestro idioma, por ejemplo, en aquel pasaje en que alude haber escrito el *Quijote* en una cárcel, con lo que debemos ver, más que la idea de la material ergástula de la anécdota, otra prisión: la pobreza, de la que nunca pudo salir el genio de los genios. Y también que el crítico de hoy sabe sopesar el grado de libertad intelectual y de facilidad de trabajo de que fué dueño aquél en el decurso del tiempo empleado en escribir la gran presea de nuestras letras. De cierta escena dura e impropia—escrita, además, con descuido de forma que desentona del resto—, infiere Madariaga que Cervantes tuvo necesidad de la prisa en partes del libro, «a fin de contrarrestar el efecto del espurio de Avellaneda».

En los restantes capítulos estúdiase el modo cómo los dos héroes—caballero y escudero—mútua y recíprocamente influenciados, van perdiendo sus respectivos caracteres, con lo que resulta la *quijotificación* de Sancho y la *Sanchificación* de D. Quijote. Y, también, el relieve y significado moral y novelesco de los otros principales personajes o actores del *Quijote*, que completan con aquéllos que pudieramos llamar protagonistas, su copioso y dispar universo sentimental.

Entre tales capítulos destacan, en nuestro sentir, por su sagacidad y penetración los titulados, *Dorotea o la listeza*, *El verdadero Don Quijote* y *La cueva de Montesinos*.

Libro de rara ponderación y armonía entre el sustrato ideológico y la forma, escrito con verbo sobrio y justo, dúctil y plástico—con verdadero estilo—esta *Guía del lector del Quijote*, es, sin duda alguna, producción que destaca, por su vigor en toda suerte de valores, de la abundante, y no toda escogida y perdurable, cosecha bibliográfica de hoy.

ANGEL DOTOR.

Madrid, abril 1927.

POETISAS MODERNAS

Ernestina de Champourcín : : : María Alicia Domínguez

Ernestina de Champourcín, la joven y original poetisa española, se ha revelado con un solo libro: «En silencio», muy bien acogido por la crítica.

En él todo es diaphanidad, transparencia, sencillez. Dijérase que su autora trata siempre de decir las cosas con el menor número de palabras y de la manera más clara. Es la poetisa del silencio, de la soledad, de la contemplación. No en vano, por eso invoca a MAETERLING al evocar sus versos:

«Sans le silence, l'amour, n'aurait
ni goût, ni parfum éternel.»



ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN
distinguida poetisa española

Y ella glosa al gran lírico belga al decir:

«Era un bello silencio, un silencio divino,
vibrante de pensamientos tremante de emoción,
un silencio muy grave, de sentir peregrino,
un silencio muy quedo, con dejos de oración.

Cállate y no pienses; a través del espacio,
cruza fugaz la estrella de una hermosa ilusión;
cállate; ¿no presientes su fulgor de topacio
encenderse en mi pecho y herir tu corazón?

Cállate; ya sé yo que tus labios murmuran
temuras infinitas, creadas para mí;
cállate; sin hablar mil voces las susurran;
cállate; el silencio me acerca más a tí.»

En «El Silencio de la Nieve» tiene estrofas tan emotivas como ésta:

«¡Oh silencio de la niebla, todo lleno de pre-
(sagios,

en que oscilan quedamente
cual dormidos incensarios
los suspiros de la tierra!

¡Con qué horrible frialdad tus dos manos se
(cruzaron

en el fuego de mi vida,
qué profundo desamparo
sembraste por las llanuras
de mi huerto desolado!
¡Oh silencio de la nieve!
Aguardo el sol de un milagro,
que entibie las amarguras
de tu horror secreto y blanco.»

Hay, además, en la poesía de Ernestina de Champourcín como un alito misterioso y vago, que la hace más interesante y atractiva. Véase, si no, «Nocturno»:

«A pasos de terciopelo
en la noche silenciosa,
nuestras almas por huirse
quedamente se buscaban...

Hubo un murmullo sedoso,
como un batir de alas blancas,
luego un prelude muy suave
entre fugas de nostalgias;
es que en la copa de un lirio,
que el relente constelaba,
nuestras almas, sorprendidas,
bebían juntas sus ansias...

Hay, también, en el libro «En silencio» donde no hemos encontrado, dicho sinceramente, ninguna página vulgar y anodina, composiciones de tan raro mérito como la titulada «El último ensueño» monorríma, que voy a transcribir:

«Prende a mi vestido capullos de almendro,
perfuma de nardo mis negros cabellos
y entierra entre flores los tristes recuerdos.
Apaga las luces... pero haz que a lo lejos
Beethoven suspire nostálgico y lento.

Cerraré los ojos y sobre mis dedos
se irá deshojando, silencioso y yerto,
el llanto divino del último ensueño.

Entorna las puertas. Deshaz este velo
que tejí con plata. ¡Ya solo deseo
descansar tranquila! Cuando esté deshecho,
recoge sus hilos, bésalos y... luego
deja que mis manos vayan componiendo
con las hebras rotas el postrer ensueño.

Mi vida se acaba. ¡Ya se que me muero!
Y quiero extinguirme, muda sonriendo,
con el alma alegre y el corazón lleno
de bellas quimeras, guardando en mi pecho
toda la agonía del postrer momento.
¡Dejadme que muera viviendo mi ensueño!

No menos mérito tienen otras muchas poesías de «En silencio», donde Ernestina de Champourcín, la aristocrática poetisa, ha sabido verter su espíritu exquisito y romántico, sus ensueños, sus esperanzas, sus ilusiones...

María Alicia Domínguez, la inspiradísima poetisa argentina, ha conseguido, en pocos años un sólido y justo renombre. Las principales revistas bonaerenses publican frecuentemente sus notables composiciones y elogian sus obras con entusiastas palabras y es que la autora de «Crepúsculos de Oro» interesa al lector de tal forma que el que saborea un poema suyo luego vuelve a buscar otros de la misma autora.

Tiene María Alicia Domínguez publicados tres libros: «La Rueca», (poesía) 1925; «Crepúsculos de Oro», (poesía) 1926 y «Idolos de Bronce» (cuentos) 1926, preparando actualmente otro volumen de poemas que se titulará «La Fiesta de los Ecos».

Vamos a extraer algunas de las opiniones de la crítica acerca de esta poetisa.

«Fray Mocho», la popular revista bonaerense, insertó no há mucho un artículo dedicado a «Crepúsculos de Oro» y de él este acertado juicio:

«El nuevo libro de nuestra colaboradora María Alicia Domínguez está tejido con emoción. Ya en su anterior «La Rueca», la distinguida escritora mostró a la crítica sus bellas cualidades artísticas, siendo aquella obra muy aplaudida por autoridades conscientes de nuestro mundo intelectual».

«Ahora, con su nueva publicación, todos aquellos distintivos cobran relieve; un mayor dominio de la técnica, un vuelo más poderoso de su fantasía, dan a este volumen una armonía extraña, un encanto inexplicable. Poetisa de verdad,



MARIA ALICIA DOMINGUEZ
eximia poetisa argentina

la señorita Domínguez no se ha dejado influenciar por las extravagancias, tan en moda en esta época de rarezas y modismos; canta en moldes clásicos a los cuales les pone un sello personal muy suyo. No son sus cánticos melancólicos, ni abusan en lamentaciones; encuadra su filosofía, sus inquietudes, sus ensueños, en una forma agradable y precisa, dando al lector una suave placidez, demostrando un dejo de estoicismo de su espíritu ávido de belleza y emoción».

Y hablando de sus sonetos—los sonetos de María Alicia Domínguez son sencillamente magistrales—dice:

«En los sonetos, la autora de este libro, es donde las manifestaciones de su alma se reflejan más ampliamente. Son cuadros exactos, encerrados en esos marcos de oro, tan difíciles, en su aparente simplicidad».

«La Nación» de Buenos Aires, el primer periódico diario de América española, y, por tanto la tribuna más autorizada para enjuiciar, decía de esta gran poetisa:

«María Alicia Domínguez sabe hallar metáforas originales y justas y vencer las dificultades métricas. Modula sus canciones con gracia y acierto, según el motivo poético que la inspira. Notase, pues, que labra sus poemas con paciencia de artífice, haciendo oídos sordos a las voces de la pereza fácil. Y ello con-

tribuye, naturalmente, a la fluidez y armonía de sus versos: «Crepúsculos de Oro» señala, así, un positivo progreso en la obra de su autora y la coloca entre las más selectas poetisas de nuestro país.

«La Capital» de Rosario de Santa Fé decía que «un nuevo libro de María Alicia Domínguez es un consuelo y una alegría» agregando: «temperamento poético, fina y agudísima observación, sólida cultura, exquisito gusto en la forma y en la originalidad única, todo esto acredita su vigorosa y definida personalidad. María Alicia Domínguez es una de las contadas poetisas que nos encantan por su dulzura; porque nuestras almas encuentran en sus tiernos versos lo que buscan: «el Arte y la Belleza».

Julián de la Cal en «El Diario Español», de Buenos Aires, dijo de «Crepúsculos de Oro» que «es un tomo de poesías matizadas con gemas de rocío y lloro, cristalizadas en hondos sentimientos»; y agrega: «Tienen sus poesías transparencia de fuente, penumbras del silencio en que se escucha a Dios: en que la verdad reposa esperando que se la convierta en fruto de sazón; son rústicas, aun sin querer serlo; pero de un misticismo platónico en que la imaginación hace reverencia a las leyes de la reflexión silenciosa, que alarga las almas hasta confundirlas con las cosas».

«Mundo Argentino», la gran revista, juzgando sus poesías escribe: «La señorita Domínguez canta con emoción contagiosa todas esas ansias de su espíritu anhelante. El verso adquiere así una elegancia delicada, una suave ternura de piel fina, una deliciosa sensación de medio tono».

Y Eduardo M. de Ocampo, el culto poeta y crítico de la revista bonaerense «Nuestra América», escribió en ella que los trabajos de María Alicia Domínguez son «verdaderas joyas de nuestro idioma».

Jacinto Benavente, el eminente comediógrafo español, refiriéndose a «La Rueca»—el primer libro de versos de esta autora—escribió: «Todo es reflejo de un noble y delicado espíritu de mujer. La mujer, cuando es la cordial mujer, mejor es poeta, más que poeta, la Poesía misma».

¿Qué agregar, después de tantas y tan laudatorias opiniones?

Solo me queda por decir que si María Alicia Domínguez es como poetisa una de las más admirables de la América Española, como cuentista puede también parangonarse con las más prestigiosas contemporáneas, pues así lo acredita su amenísimo libro «Idolos de Bronce», de reciente publicación.

E. DE O.

DEL PANORAMA MUNDIAL

Es el Dr. Sun Yat Sen un paladín de gran cultura que, mediante notables conferencias, está tratando de despertar el patriotismo de su nación, sacándola del marasmo en el que tanto tiempo lleva sumida. He aquí grandes rasgos sus puntos de vista:

Merced a la penetración comercial, las potencias extranjeras se llevan de China mil doscientos millones de dólares al año; o sea que cada chino en condiciones de trabajo contribuye al extranjero con una cantidad de cuarenta y cinco dólares.

De otro lado, la diplomacia va iniciando el camino de la desmembración china por análogo procedimiento a como lo efectuó en Polonia mediante un tratado entre Alemania, Austria y Rusia.

El crecimiento de población es otro peligro. China apenas si aumentó su población en el último siglo y durante el mismo período de tiempo Norte América la duplicó, Rusia la cuadruplicó, Japón e Inglaterra la triplicaron, Alemania la duplicó y Francia la incrementó en una cuarta parte. El problema, en este punto, se reduce a hacer comprender su unidad de raza a las 400 tribus en que se distribuyen los 400 millones de chinos, para que declaren el boicot universal a los extranjeros. Así ocuparía China un puesto elevado entre las naciones del mundo.

Las virtudes chinas se fundamentan desde antes que las naciones occidentales

existieran, en el amor a la paz, la piedad filial, la fidelidad y la benevolencia. Afirma Sun Yat Sen que la doctrina china sobre el amor está del todo a la par con la doctrina cristiana. Recomienda a sus paisanos que edifiquen escuelas y hospitales.

En lo referente a la piedad filial sobrepasan sus enseñanzas a las de las demás naciones.

La honradez comercial es una característica china, pues allí un industrial antes sufrirá una pérdida en sus intereses que entregar una mercancía inferior a la apalabrada. Para las transacciones comerciales no existe en el mercado chino otro testimonio legal que la palabra, la cual vale tanto como el depósito.

China observa una fidelidad ejemplar en el cumplimiento de sus tratados. Cuando era poderosa, permitió a Corea su independencia nacional, cosa que no ha hecho el Japón a pesar de la garantía del tratado de Ma-Kwan.

En pacifismo y filosofía política ha sido grande el progreso chino, si bien ha quedado retrasado en la ciencia e inventos; aunque en la antigüedad allí se descubrieron el gusano de seda, el té, la imprenta, la porcelana, la brújula, la suspensión de los puentes y el arco en las construcciones.

Sun, excita a los chinos a que corrijan sus malos hábitos, para que no sean objeto de desprecio y desagrado en otros

países. Tales censuras se dirigen a algo referente al porte personal: uñas largas en los dedos, costumbre de escupir, dientes sucios, etc. Falta hace que los conductores de pueblos al tiempo de exaltar sus virtudes los induzcan a corregir sus vicios.

Otro nacionalista de positivo valer es el ministro de Relaciones Exteriores del gobierno cantonés, Eugenio Chen, el cual nació hace 49 años en Puerto España, isla de la Trinidad; de padres chinos, los cuales le enviaron a Londres donde estudió Derecho y se distinguió como abogado notable. En un viaje a Hong-Kong hace once años, se indignó al ver como lo trataban los ingleses allí residentes, pues por ser hombre de color no daban validez ni a su título ni a sus prestigios adquiridos en la capital de Inglaterra. Entonces adoptó el nombre de Chen Yu Jen y se puso al frente de un importante grupo de intelectuales siguiendo las doctrinas de Sun Yat Sen, al que le une estrecha amistad, siendo ambos los organizadores de las fuerzas revolucionarias de Cantón.

Es indudablemente el político más capacitado con que cuentan los nacionalistas chinos, por sus cualidades de estadista y hablar varios idiomas, entre ellos el español; el cual conoce tan a la perfección, que está al detalle de su literatura moderna y clásica. También ha ejercido el periodismo, alcanzando gran popularidad los editoriales que publicaba en su periódico «Gaceta de Pekín».

Su tipo pequeño, ágil y nervioso, inspira el atractivo que requieren las masas para seguir a su caudillo.

Eugenio Chen espera volver a Londres dejando a China libre de la dominación extranjera y con un gobierno fuerte y capaz.

Entre tanto Lloyd George se muestra inquieto por la suerte que puedan correr los doscientos millones de libras esterlinas a que asciende el valor de los bienes extranjeros asentados en la zona internacional de Shanghai, aunque comprende que la mejor esperanza estriba en la victoria de los cantoneses, por estar el núcleo de su ejército formado por personas instruidas y por juzgar que las manifestaciones públicas de Eugenio Chen no son comunistas.

Tales garantías prometen, una vez dominados los adversarios, instaurar en China una próspera y pacífica época; siendo de desear que esta nación se convierta en un centinela avanzado de la paz en Asia, que permita contribuir al término de funestos imperialismos.

CÉSAR ZENIT

Por exceso de original, nos hemos visto obligados a aplazar para el próximo número las secciones «Casos y Cosas», «Medicina y Hogar» y otros interesantes trabajos de nuestros colaboradores.

Poetas contemporáneos



LOS ROMEROS

Mis besos son los romeros
de una eterna romería,
romeros que nunca duermen,
que andan de noche y de día.
De la plata de los pies
a los cabellos dorados,
por las sendas de tu cuerpo,
van sin prisa y confiados.
Sin calabaza ni alforja
rien libres de pesares,
bebiendo en limpidas fuentes,
comiendo en bellos pomares.
Cuanto más andan, más sienten
marabillados asombros;
cojen rosas en tu seno
y azucenas en tus hombros.
Y, coronados de flores,
se retratan en tus venas,
ríos azules que corren
entre plateadas arenas.
Por atajos olorosos,
por claras lomas y oteros,
a la capilla del monte
llegan por fin los romeros.
La capilla es esa boca
que por ninguna cambiara.
con su puertecita abierta
en la plaza de esa cara.
Capillita de novena,
de mil rosas adornadas,
toda ella forradita
de fina seda encarnada.
Cantan a coro allá dentro
con voz de oro, serafines,
y entre las rosas tus dientes
son guirnalda de jazmines.
Encima de la capilla,
donde se canta y se reza,
hay una torre de plata,
la torre de tu cabeza.
Apenas en la capilla
los besos entran de hinojos,
en la torre dos campanas
repican, que son tus ojos.
Mis besos son los romeros
de una eterna romería,
romeros que nunca duermen,
que andan de noche y de día.
Mis besos marchan descalzos,
pero pisan sin recebo
las alfombras que los ángeles
tienden, cantando, en el suelo.

EUGENIO DE CASTRO.

(De cravos de papel)

(Trad. de José M.ª de Cossío)

LAS ESTROFAS DE LA INFANCIA

Hey he quemado los versos
de mi niñez, las estrofas
que fui regando en la senda
como puñados de rosas.
En el estante polvoroso
los sorprendí como un ramo
de flores amarillentas
de pétalos disecados.
Y me dije en la penumbra
del escritorio que ha visto
temblar mi frente agitada
sobre un viejo pergamino:

Poeta, cuantos ensueños
hoy convertidos en nada!
Esos legajos de rimas
armoniosas y románticas,
esos cantos de otro tiempo
con un perfume de infancia,
tienen sonidos inciertos
como de rotas campanas!
Torna en humo lo que un día
te sirvió de regocijo,
tantos versos, tantos versos
que hiciste cuando eras niño!
Y mi mano prendió el fuego
y en el silencio nocturno,
al mirar las espirales
que hacía en el aire el humo,
doblé sobre el escritorio
la frente palidecida,
y al crepitar de la llama,
que devoraba mis rimas,
temblé todo como un aoe
que ve deshecho su nido;
y el corazón como un péndulo
apresuraba su ritmo
y el humo en ondas sutiles
ligeramente volaba!
Ese humo no sabía
que tras él iba mi alma!

J. B. JARAMILLO MEZA.

EN EL ALBUM DE

JOSEFINA DOMÍNGUEZ DE ORY

Es tan sereno tu mirar
que veo en él tu alma sin duelo.
¡Imágen límpida del mar,
cuando encalmado copia el cielo!
Para él, mi lira en fiestas late,
¡Vibrar de unción ha de tener!
Siempre fué un templo para el vate,
un alma clara de mujer.

Para ese templo, donde oficia
la lira=amor de un vate amigo,
un verso-rezo mi estro invoca.

¡Verso feliz! pues va contigo
y habrá de ser una caricia
cuando resbale por tu boca.

Yo he de envidiar todas las mieles
que vas colgando en su laurel;
pero mi envidia tan sin hieles
para los dos será más miel;
para tí, ramo de clavicles;
airón de orgullo para él.

JOSÉ M.ª MONFORT

AROMA DE LLUVIA

Olor a tierra fresca,
perfume de la lluvia
germinadora esencia,
remota anunciación;
aliento fecundante
sereno de promesas,
incógnita esperanza,
y primavera en flor.

Incienso de los campos,
ensueños que azuleas
un retorno de dicha
sobre el viejo dolor;
suave aroma punzante
de vida que renueva;
¡Aroma de la lluvia,
tan dulce a la pasión!

Efluvio claro y fuerte,
secreto de la verja
que el agua creadora
deshace en su arbol;
perfume del sembrado,
tú das nueva belleza
a todas las corolas
que el áureo sol manchó.

Eres vigor latente
de la lucha suprema,
tu blandura es de santa;
¡oh, hechizo evocador,
perfume de la lluvia,
en tus bondades vela
un celestial remanso
que aquieta el corazón!

ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN.

EL REINADO DEL MAR

La ola es fresca y suave: que me vista su espuma;
El mar es noble y fuerte: que me unja su sal;
No ansiara más reinado si me dieran corona
Que el reinado del Mar.

Un plinto de algas verdes errante sobre el agua,
Dominios de madreporas, dominios de coral...
Y unas noches inmensas en que sería mía
Como otro mar con astros — la comba Eternidad,
Y el latido uniforme del corazón del Mundo
Y los cuatro horizontes del cielo por igual.
Y el amor a la Vida, y el desdén a la muerte
Que se bebe en el yodo, que se gusta en la Sal.
No habría de estar sola: las sombras de mi raza
Por jardines de perlas se agitan bajo el mar;
Y un alma que está ausente quizá me ceñiría
Con los golfos profundos de un largo litoral..!

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

Buenos Aires

IRAS SOBRE LA VIDA DE LAS COSAS

Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud: que todo lleve
a tu censorio luz; blancor de nieve,
azul de ninfas o rubor de rosas.

Que todo deje en tí como una huella
misteriosa, grabada intensamente;
lo mismo el soliloquio de la fuente
que el flébil parpadeo de la estrella.

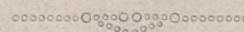
Que ascienda a las cumbres solitarias
y allí como arpa eólica, te azoten
los borrascosos vientos, y que broten
de tus cuerdas rugidos y plegarias.

Que esquives lo que ofusca y lo que asombra
al humano redil que abajo queda,
y que afines tu alma hasta que pueda
escuchar el silencio y ver la sombra.

Que te ames en tí mismo, de tal modo
compendiando tu ser, cielo y abismo,
que sin desoiar los ojos de tí mismo,
puedan tus ojos contemplarlo todo.

Y que llegues, por fin, a la escondida
playa con tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.



MISCELANEA

El escritor mexicano Alejandro Meza, ha publicado en una revista literaria de aquel país, un interesante artículo titulado «La Biblioteca Argentina para Ciegos», en el que dice:

«Entre las escasas instituciones tiflófilas que existen en la América Española, la Biblioteca Argentina para ciegos es, a no dudarlo, una de las que, en cortísimo lapso, ha realizado ya una labor de verdadera trascendencia, sobre todo, desde el punto de vista internacional. Formada dicha institución dentro de la Unión Hispano-americana de Ciegos, su radio de acción tenía que comprender todos los países hispano-americanos, contribuyendo de un modo muy eficaz y práctico, a elevar el nivel intelectual de los ciegos y a su acercamiento espiritual. En efecto; se han establecido ya vínculos de estrecha amistad entre ciegos representativos de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Colombia, Ecuador, Cuba y México, y la Unión tiende a extenderse por todos los demás países hermanos del Continente.

Gracias a los constantes esfuerzos y a la infatigable actividad de la Comisión Directiva de la Biblioteca a que vengo refiriéndome, se han alcanzado resultados de positiva utilidad para los privados de la vista. Merece pues, ser bien conocida la actuación de las personas que integran dicha Comisión Directiva, y que son: Señor Doctor Agustín C. Rebuffo, presidente; señor doctor Samuel de Madrid, vicepresidente; señor Alberto Larrán de Vera, secretario; señor Julián Baquero, bibliotecario; señorita María Marchi, tesorera; y señor Luis Andrés Rosa, pro-tesorero.

Hace apenas dos años, que esta institución inició formalmente sus trabajos, y felizmente, éstos se han desarrollado en un medio propicio. La biblioteca quedó establecida, naturalmente, en la ciudad de Buenos Aires, llegando, después de poco tiempo, a contar con un local apropiado para desarrollar sus actividades. El pueblo argentino, y particularmente el de la metrópoli, ha respondido al llamamiento que se ha hecho a favor de esta institución, aportando generosamente su contingente para el sostenimiento de la empresa. En la actualidad, la biblioteca posee ya unos mil volúmenes en sistema Braille, contando con una sección musical, formada de obras selectas, de muy variados estilos, así como de material didáctico, y que ha sido adquirido en Alemania. La institución cuenta además, con mil quinientos socios protectores en Buenos Aires, cuya cooperación significa un valiosísimo recurso económico, pues los fondos obtenidos mediante ella, han hecho posible la adquisición de los libros. Por otra parte, ha quedado abierta una suscripción pública en aquella capital, con el fin de reunir la suma de dinero necesaria para la compra de una maquinaria de imprimir Braille, la cual será de alta potencia productora, y con la que se emprenderá la publicación de obras de todo género, así como la edición de una revista Braille en lengua castella-

na, semejante a las muchas que existen ya en otros idiomas.

Dado el apoyo que ha encontrado en todas las clases sociales de Buenos Aires la obra de esta biblioteca, es de esperarse muy fundadamente, que la institución dispondrá cada día más y más de nuevos recursos para su amplio desenvolvimiento. Como se ha dicho antes, la acción de esta biblioteca no se limita a la capital argentina, sino que se extiende a todos los países de habla castellana, prestando los libros a todos los ciegos que los solicitan, teniendo éstos el derecho de conservarlos el tiempo razonable para disfrutar con provecho de su lectura.

La Asociación «Ignacio Trigueros», que se ha adherido desde sus principios a la Unión Hispano-Americana de Ciegos, felicita muy cordialmente a la Biblioteca Argentina, por su meritoria y fructífera labor, ofreciendo, a la vez, su más entusiasta cooperación.

Los ciegos hispano-americanos pueden abrigar grandes esperanzas en su liberación espiritual, y en su mejoramiento social y económico.

Ya comienza a escucharse, entre ellos, el clamor universal que pide, para los privados de la vista, no la limosna que humilla y envilece, ni la conmiseración estéril, sino la educación que eleva, y el trabajo que dignifica.

El libro--elemento básico de toda ilustración y de toda cultura--se está poniendo ya a su alcance, y se está despertando en los pueblos de nuestra raza, el interés y el entusiasmo por la noble causa de los ciegos.

Aplaudamos, pues, la obra de la Biblioteca Argentina, para Ciegos, y cooperemos efectivamente a su engrandecimiento»

* *

Es evidente que la fama que goza Claudel es superior al conocimiento verdadero que se tiene de su obra. Se la cree oscura, difícil y aburrida. Para facilitar su divulgación, la señora E. Sainte-Marie Perrin ha escrito una «Introducción» a la obra de Paul Claudel, que han editado en Francia los libreros Blond & Gay.

* *

Phelippe Soupault ha traducido al francés, recientemente, los «Cantos de Inocencia» y los «Cantos de Experiencia» de William Blake.

* *

Después de permanecer largo tiempo en España, como cónsul del Uruguay en La Coruña, ha llegado a Montevideo Julio J. Casal, el original poeta uruguayo, director y fundador de la afamada revista *Alfar*, que ha venido publicándose durante algunos años en la citada población gallega.

Casal se propone reeditar *Alfar*, en la capital uruguaya.

Su dirección es, Ellauri, 938, Pocitos, Montevideo.

* *

La voz «record», tan usada ahora para indicar un triunfo máximo en competencia con otras personas, un adelanto extraordinario, un éxito superior a todos los anteriores, ora en deporte, ora en artes, ya en aviación, ya en literatura etc., no es castellana pues no se halla en el Diccionario de la Lengua; pero no habiendo en esta otra equivalente para expresar bien aquellas ideas y siendo tan expresiva y de tan constante uso, ya podía la Academia adoptarla como ha adoptado una multitud de palabras de otros idiomas.

* *

Paul Morand ha publicado el siguiente auto-juicio: Sin relaciones literarias con la ante-guerra, puesto que sus primeros libros datan de 1919-20, Paul Morand está, sin embargo, colocado, en el ángulo de esta gran virada de la historia (lado de 1914-1918), desde donde se puede, cómodamente, tomar la medida de las gentes, de la vida y de las costumbres, con ayuda de tres puntos (el narrador presente; el pasado y el porvenir) como hacen los navegantes para establecer su punto de mira y echar sus cálculos.

El ángulo es favorable para poder ver en el tiempo. Paul Morand no ha buscado menos que otros en el espacio, lo cual le permite ver desde el exterior su país, con amor pero con lucidez y de establecer entre Francia y Europa, desde luego, y entre ésta y el resto del mundo, relaciones de razas, de sentimientos y también de pensamiento, si nó del todo nuevas al menos más claras.

Paul Morand pertenece a una época de velocidad. Ha luchado desde sus primeras obras contra la prolijidad, la inconsistencia, la «literatura», la elocuencia, la cultura libresca, etc.

Esta no es una nota, sino la señal de una propensión: dejadla rodar.

* *

Se anuncia en Buenos Aires una próxima publicación de aspecto singular, que contendrá, al mismo tiempo, «un libro y una revista». El primer número contendrá una traducción de Sherwood Anderson, y el segundo una obra inédita del famoso paradojista Macedonio Fernández. El resto de las páginas tendrá el carácter propiamente de revista varia, dirigida por A. Hidalgo y R. A. Ortelli.

* *

Procedente de Colombia, su país natal, acaba de llegar a España el ilustre poeta y diplomático Alfredo Gómez Jaime, que representará a su nación como Cónsul en Vigo.

Gómez Jaime residió hace algunos años en Madrid, desempeñando un importante puesto en la Legación de Colombia.

Es autor de varios libros, entre ellos «Rimas del Trópico» y «Aves Viajeras» (poemas), muy elogiados por la crítica.

Sea bien venido el eximio lírico sudamericano, que nos ofrece su valiosa colaboración.



En esta sección daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, siempre que recibamos dos ejemplares. La redacción se reserva el derecho de no dar cuenta de aquellas obras que, por sus ideas o tendencias, no se ajusten a la índole de esta Revista.

La Evolución de la Humanidad. «El Niño y la civilización egipcia», del sabio profesor de la Sorbona A. Moret, es el tan deseado tomo VII de la famosa Biblioteca de Síntesis Histórica *La Evolución de la Humanidad*, que la gran revista italiana *Scientia* reputa de «empresa grandiosa» y que *L'Información* de París acaba de proclamar como «el más vasto monumento de la ciencia histórica».

El Egipto es, entre todos los pueblos del Oriente antiguo, el que mayor atracción ha ejercido siempre por la belleza de sus mitos divinos, por su organización social y religiosa y por la grandeza inexpressable de sus monumentos. El profesor Moret, uno de los más eminentes egiptólogos actuales, evoca en este libro los orígenes y explica el *despotismo sagrado* de Ra, el demiurgo, y Osiris, dios del agua fecundante y de la vegetación, encarnados en el Faraón, apoteosis viviente de todos los poderes. Después precisa las etapas ulteriores y aclara las transformaciones profundas de este Egipto considerado largo tiempo como refractario a todo cambio, hasta que una oligarquía de sacerdotes y nobles se impone al monarca y surge posteriormente la revolución que había de emancipar a la masa, sin que por esto pierda el poder su carácter tradicional esencialmente religioso.

Ningún historiador hasta el presente, ha hecho revivir con tanto vigor y colorido el Egipto que tanta huella dejó por su religión y su arte.

«El Nilo y la civilización egipcia» es un libro magnífico que interesará a todo el público culto. La obra consta de 600 páginas y va avalorada con 139 figuras y tres mapas. La traducción ha sido hecha por el catedrático de la Universidad de Santiago señor Pericot, y es digna de elogio. La Editorial Cervantes, de Barcelona, merece plácemes por la publicación de este valioso libro, que se vende al precio de 12 pesetas.

Los príncipes de la Literatura. La elegante y selecta colección *Los príncipes de la Literatura* será pronto la preferida de los lectores de España y América, porque en ella rivaliza el buen gusto de la presentación con la valía de los originales. El tomo que acaba de aparecer es el VII, titulado «Millonarios a la fuerza», una novela deliciosa y regocijante que hará popular entre nosotros al célebre E. Phillips Oppenheim, llamado el «príncipe de los novelistas ingleses».

No conocíamos ninguna novela de este famoso autor y, en verdad, debemos decir que no nos ha decepcionado la lectura de «Millonarios a la fuerza». Dejando aparte la fuerza humorística de la novela, humorismo del mejor género reconocemos en Oppenheim una rara habilidad para hacer gala de su envidiable ingenio y un poder de fascinación al que difícilmente puede escapar el lector. Toda

la obra está matizada de finas ironías y el que la lee no puede reprimir la risa ante los alardes de gracia del autor, que sabe también dar un justo relieve a sus simpáticos personajes.

La traducción de «Millonarios a la fuerza», novela que ha de venderse de un modo extraordinario a juzgar por su mérito, es impecable. La presentación acreditada a la Editorial Cervantes, que en estas obras realiza el milagro de vender a 5 pesetas libros artísticos y bellos, impresos excelentemente y de autores que acostumbran a cobrar elevados derechos.

La Escuadrilla Elcano. Ruta de aventuras, heroísmo y maravillas por F. Justo Pérez de Urbel, con gran abundancia de artísticas ilustraciones y detalladas cartas geográficas. Volumen de 132 páginas, 2 ptas. Editorial F. T. D. Apartado 213, Barcelona.

Con extraordinario placer se leen estas páginas. Su asunto lo da el título, pero la gentil manera de contar el gentilísimo vuelo de estos bravos españoles, no lo sospecharía quien no las lea. Hay una tan justa comprensión de la hazaña, una relación de datos y pormenores, una tan agradable variedad, un lenguaje tan desembarazado y elegante, que nos ha parecido esta linda obrita el verdadero canto de epopeya de la gloriosa gesta.

La descripción que de las tierras y poblaciones orientales hace el P. Urbel pasarán seguramente a la historia de la literatura como modelo de lo que ha de ser la descripción para los lectores del siglo XX. Ayudan eficazmente a dar idea completa y exacta de aquel mundo exótico y fascinador las ilustraciones de gran valor artístico y los mapas que al principio de cada trayecto van señalando la ruta de los aviadores.

La meritisima casa F. T. D. de Barcelona ha presentado esta obra como todos sus famosos LIBROS DE EPOPEYA con esplendor, acierto de originalidad e incomparable maestría.

«Las eternas mironas» por José M. de Acosta.—Editorial Renacimiento.—Madrid.

RENACIMIENTO ha puesto a la venta la novela, de José M. de Acosta, *Las eternas mironas*, que será seguramente objeto de apasionados comentarios y controversias, pues en ella se estudia una cuestión viva y candente: el problema de la solterona. Con gran maestría el autor enfoca desde diversos puntos de vista esta llaga social, y las pobres solteronas, esas infelices mujeres que han sido siempre blanco de las pullas de los espíritus superficiales, que no han merecido más que la chacota y el ridículo, desfilan por las páginas del libro, dejando un rastro impresionante de tristeza y simpatía en el ánimo del lector.

Las eternas mironas es una novela del género y corte de *La Saturna*, la novela de Acosta que ha conseguido tantos aplausos de la crítica y del público. En ella se aborda con crudeza el asunto; pero es excusado afirmar, tratándose de es-

te autor, que nunca cae en lo grosero ni en lo chabacano. Las novelas anteriores de Acosta, y con ésta sucederá lo mismo, corren de mano en mano, sin que haya que recatarlas a nadie. Su realismo, de un fuerte sabor castizo en la novela española, es un realismo sano y natural sin morbosas delectaciones. De la ironía, del aticismo del novelista, no hay para qué hablar, pues el lector asiduo de Acosta, y Acosta los tiene numerosísimos en España y América, los conoce sobradamente.

Acosta, que ha sido ya traducido a varios idiomas y pronto lo será a otros, logra en *Las eternas mironas* superar al Acosta de *Amor loco y amor cuerdo*, de *Al cabo de los años mil...*, de *Las pequeñas causas* y de sus restantes obras. Con esto creemos haber hecho el mejor elogio de su nueva novela.

Las eternas mironas forma un volumen de más de 300 páginas en 8.º y lleva una preciosa portada de Salmerón Pellón.

Precio del ejemplar: cinco pesetas.

Sarah Bernhardt por Emilio Gascó Contell, Editorial Franco-Ibero-Americana, París.

Gascó Contell, nuestro ilustre colaborador, ha escrito una obra llena de interés y amenidad, como puede juzgarse por el fragmento que insertamos en nuestro número anterior.

Toda la vida de la célebre artista desfila por las páginas admirables de este volumen, ilustrado con profusión de fotograbados alusivos al texto.

Obras como éstas no necesitan, en verdad, de reclamos. Se recomiendan por sí solas y no deben faltar en ninguna buena biblioteca.

Poesías inéditas de don Alberto Lista Madrid, 1927.

Don José María de Cossio, no es solamente un literato notable y erudito: es, además, un bibliófilo y un espíritu comprensivo y generoso, como pocos.

Editó, de su peculio particular, una serie de volúmenes, no destinados a la venta, que tituló «libros para amigos» y ahora, demostrando su depurado gusto y su amor por los «papeles olvidados», edita las «Poesías Inéditas» de Lista, a las que ha puesto un estudio preliminar notabilísimo.

Para los amantes de la literatura selecta, esta publicación reviste grandísimo interés, pues se trata de las composiciones inéditas incluidas en un cuaderno autógrafo del propio autor, que se encuentra en la «Biblioteca Menéndez Pelayo» de Santander.

Plácemes merece José María de Cossio por su generoso proceder y por su exquisito gusto, demostrado en todas sus ediciones.

Flores de Loto por Casto Pino.—M. Arias, Editor. Huelva.

Casto Pino no necesita, ciertamente, que nadie le descubra. El vive en un pueblo onubense, «alejado del mundanal ruido», pero cuantos siguen, paso a paso, el movimiento literario contemporáneo de España, saben que él es, únicamente, el *Poeta de Huelva*, porque nadie, en la actualidad, puede reemplazarle, pese a los poetas de vanguardia de aquella capital andaluza, que acaso no quieran reconocer esa superioridad de Casto Pino, pero

que de todos modos, es evidente, si se compara su producción poética—por la calidad no por la cantidad—con los de los demás líricos comprovincianos suyos.

Cualquier poesía de *Flores de Loto* es suficiente para proclamar a su autor como un verdadero poeta; pero, sobre todo, las tituladas «Martirios», «Juventud», «La Paz Universal», «No debo quererte» y «Motivos» son sencillamente definitivas.

Casto Pino no ha sido objeto nunca de artículos ditirámicos ni de pomposos elogios, aunque es bien merecedor de ellos. Modesto, humilde en demasía, teje sus estrofas sin pensar en el futuro aplauso. Pero ¿qué le importa éste, si él canta porque su espíritu exquisito se lo exige, porque necesita así exteriorizar sus ideas?

Lástima grande que este libro de Casto Pino no haya tenido mayor difusión. Es digno, realmente de ser saboreado por cuantos gustan de la verdadera poesía; no contaminada de los *ismos* actuales!

* *

Rosas de Francia por Alfonso Mejía Robledo.—Editorial Franco-Ibero-Americana. París.

Esta amenísima novela de ambiente colombiano, fué premiada en un concurso de autores americanos y está escrita con el galano estilo de este reputado literato y poeta.

La Editorial Franco-Ibero-Americana ha hecho bien en publicar esta obra que, por su interés, ha de ser leída con gusto.

* *

«La Torre del Silencio» por Regino E. Boti. Habana, 1926

Boti, es uno de los mas eximios poetas contemporáneos de Cuba y uno de los mas merecidamente elogiados por la alta crítica. Sin contar su labor de erudito y de historiador, en la que ha sabido destacarse con notables trabajos de crítica literaria sobre grandes figuras hispano-americanas, como la Avellaneda, Martí, Rubén Darío, etc., tiene publicados los libros de poemas y poesías *Arabescos mentales*, *El mar y la montaña* y *La Torre del silencio*, que acaba de aparecer.

«Este libro—dice el autor en la página preliminar—no responde a ninguna de las modalidades estéticas imperantes. No es el fruto de un poeta de vanguardia. No representa un salto en el vacío sino un replanteo. No viene a justificar, sino a incidir. Es el eco lejano de una voz que no es de este momento, pero que no es inactual.»

Nosotros creemos que es más que el eco lejano de una voz; creemos que es la voz misma de un excelso lírico moderno, que no rima sus versos por *llenar páginas*, sino por cumplir su misión augusta de «elegido».

En «La Torre del Silencio» hay poesías de una sencillez y musicalidad encantadoras y otras de una gran originalidad como la titulada *El Soneto Blanco*, única en su género.

En conjunto, es uno de los mejores libros de poesías, entre los últimamente publicados en Cuba.

* *

Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Ibero-América—Tomo I.

La Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A. ha publicado, en un lujoso tomo, en folio, de más de 400 páginas, una curiosísima colección de documentos inéditos, conservados en el Archivo de Indias, de Sevilla.

La recopilación ha sido concienzudamente hecha por el inteligente publicista y escritor D. Santiago Montoto, Académico C. de la Real de la Historia.

En esta grandiosa obra, una de las mejores en su género, han sido reproducidos importantes y numerosos autógrafos, que la hacen aún más curiosa e interesante.

En estos momentos en que los asuntos hispano-americanos adquieren positivo relieve, este magnífico libro ha de obtener un gran éxito, agotándose prontamente su edición.

La obra ha sido dedicada a S. M. el Rey, que la ha patrocinado.

Merece plácemes la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones que, sin reparar en gastos ni sacrificios de ningún género, ha llevado a cabo tan valiosa obra.

Precio del ejemplar: 25 pesetas.

* *

Tánger ha de ser español. La opinión de España.—Editorial Ibero-Africano-Americana, Madrid.

En un volumen en folio, ha reunido el ilustre publicista y académico D. Ignacio Bauer la opinión de los más ilustres hombres de España acerca del problema de Tánger.

En el razonado prólogo del libro dice acertadamente al Sr. Bauer: «He querido recoger la opinión de España en estos días en que Francia y nuestro país se ocupan de la cuestión de Tánger. Va en estas páginas el criterio de hombres representativos de los más opuestos ideales políticos, monárquicos, republicanos, socialistas, hombres de la derecha y de la izquierda, coincidentes todos en que Tánger ha de ser español, cueste lo que cueste y opóngase quien se oponga. Así lo exigen nuestros derechos indiscutibles, basados en la situación geográfica, en la historia, en la importancia numérica y económica de nuestra colonia, la más numerosa y la más rica de Tánger; en la obra de civilización realizada en la ciudad donde son nuestros la fábrica de la luz eléctrica y el teléfono, y las mejores escuelas y los más populares periódicos, y los teatros más importantes, y las líneas de automóviles, y los autobuses y cuanto significa progreso en Tánger. Esa es una realidad que nada ni nadie puede refutar. Y sobre todo, Tánger debe ser español porque Tánger perece. Tánger agoniza económicamente separado de la zona española».

Contiene esta importante obra las opiniones de Maura, Primo de Rivera, Goicoechea, Fangul, Albornoz, Alcalá Zamora, Sala, Francos Rodríguez, González Hontoria, Vázquez de Mella, Royo Villanova, Lerroux, etc. etc.

Precio del ejemplar: 2 pesetas.

* *

El País del Dorado por Pedro Sanz Mazuera—Barcelona, 1926.

El autor de esta obra, lujosamente editada y galanamente escrita, es un erudito publicista colombiano, actualmente jefe de la oficina de Información de Colombia en España, Portugal y Norte de África y director de la revista «Colombia» que, con general aceptación, viene publicándose en Barcelona.

Cuántas personas se interesan por el desenvolvimiento y prosperidad de la floreciente nación sudamericana, deben leer este completísimo libro, que contiene datos de suma utilidad, estadísticas,

leyes, etc. de dicho país, todo ello desarrollado concienzuda y metódicamente.

La obra está profusamente ilustrada y demuestra que su autor es un escritor cultísimo y un funcionario inteligente, irremplazable en su alto puesto.

* *

Europa Inquieta por Francisco García Calderón—Editorial Mundo Latino—Madrid.

Contiene este amenísimo libro las principales crónicas del citado ilustre publicista peruano, publicadas en «La Nación» de Buenos Aires, «El Comercio» de Lima y «El Diario de la Marina» de la Habana.

En ellas—dice el autor—estudia la inquietud espiritual de Europa, el descontento y el desconcierto creados por la guerra. Este volumen obedece a la misma inspiración que *Ideologías*, desde un observatorio, sin extrema esperanza, simples comentarios, testimonios, reflexiones.

El tomo, lujosamente editado, consta de 300 páginas y se vende a 5 pesetas en las principales librerías.

* *

El jugador y las noches blancas por Dostoievski—Editorial «Mundo Latino», Madrid.

La acreditada editorial «Mundo Latino» ha reunido, en un solo volumen, dos de las más famosas novelas del insigne escritor ruso Dostoievski.

La versión española ha sido encomendada a J. Insúa, formando este tomo parte de la «colección de libros célebres» que, con tanto éxito, viene publicando la citada editorial.

La obra consta de 258 páginas y se vende al precio de 4 pesetas en las principales librerías.

* *

Figuras de la Raza—Revista semanal hispano-americana.

Hemos recibido esta acreditada revista, que bajo la competente dirección del prestigioso escritor D. José Gutiérrez-Ravé Montero, viene publicándose en Madrid con creciente éxito.

Lleva publicados 22 números, cada uno de ellos dedicados, por completo, a una gran figura de la historia. He aquí los nombres: Cristóbal Colón, Cánovas del Castillo, Mariano José de Larra (Figaro), La Emperatriz Eugenia, Joaquín Costa, Antonio Maura, Pedro de Valdivia, Angel Guimerá, Benito Pérez Galdós, El Cardenal Cisneros, Rubén Darío, El Rey D. Sebastián, Ricardo Palma, Ramón Franco, Gustavo Adolfo Bécquer, Godoy, Julio Cejador, Isabel la Católica Sorolla, Alfonso XIII y Miguel Servet.

La labor emprendida por el Sr. Gutiérrez-Ravé, por lo patriótica y noble, es digna del mayor elogio.

Por ello, y por el éxito que ha alcanzado «Figuras de la Raza», le felicitamos cordialmente.

OTRAS OBRAS RECIBIDAS

El bebedor de lágrimas, novela de A. Hernández Catá.—Ed. «Mundo Latino».—Madrid.—5 pesetas.

Deliciosa Jujuy, por B. González Arrioli.—B. Buttazzoni, editor.—Jujuy (R. Argentina).

ADVERTENCIA.—Agradeceremos a los señores autores y editores nos envíen siempre los libros bajo certificación, para evitar extravíos. (N. de la R.)